

nar sus elementos más nobles y marchar á la victoria, como no se podría hacer oro puro sin despojarle de las impurezas que le acompañan.

Así, pues, por rebelde que sea el mundo á las palabras de cambio, de mejora, de renunciación personal, no vacilaremos, sin embargo, en decir que en ellas sólo se encuentra la esperanza de salvar nuestra naturaleza, y la base para restaurar la verdadera humanidad.

CONFERENCIA II

EL PARAÍSO PERDIDO

1. **Optimismo y pesimismo.**—Es raro que alguien sepa hablar ó callarse á propósito; de tal manera en el mundo son las cosas diferentes de lo que debieran ser. ¿Se habla por modestia de las propias faltas en presencia de espíritus mezquinos, ó bien se confiesa la existencia de un punto flaco en la tesis que se defiende contra ellos? Pues al punto creen que es mucho más lo que calláis. ¿Se guarda silencio acerca de una palabra que no merece contestación, ó de un argumento al que las personas instruídas y que saben guardar los respetos debidos nada deben replicar? Es para ellos una prueba de que son irrefutables.

Esto hace frecuentemente difícil la situación del apolo-gista; unas veces, á causa de los que dudan, se ve obligado á decir muchas palabras inútiles, cuando podría tratar la cuestión muy brevemente, si tuviese que disipar únicamente las dudas que merecen ser tomadas en consideración; otras veces debe pasar en silencio los ataques más groseros y más ofensivos, no atreviéndose á deplorarlos siquiera ante lectores instruídos y delicados. Así está siempre en la incertidumbre de si vale más hablar ó callarse, pues para hablar acertadamente, es necesario tener oyentes que puedan entender, y el que quiere callar con provecho debe antes ver si aquellos con quienes trata saben también apreciar el silencio. Pero ¿cuándo podrá contar con estas condiciones preliminares?

La pretensión optimista de que la naturaleza humana es buena, y no corrompida, y que lo mejor es dejar á cada uno desenvolverse por sí mismo, debe ser clasificada entre las que valdría más pasar en silencio; pues jamás se la aduce con recta intención, y es refutada á cada paso por los mismos que se complacen en ponerla en frente de la doctrina cristiana.

No hay optimista que no vaya algunas veces á formar en las filas de los pesimistas; sí, y lo peor es que los más malos optimistas son también los peores pesimistas: Marco Aurelio es una prueba evidente. Por otra parte, se necesita saber si existe un optimista fiel á sus convicciones. Hay tantas miserias en el mundo, tantos pecados, tanta corrupción, que es necesario de buen ó mal grado rendirse á la evidencia, aun cuando se hubiera jurado cerrar los ojos á la claridad de los hechos y la boca á la convicción personal. No quiere esto decir que el pesimismo sea verdad; merece, no puede negarse, más atención que el optimismo, pues cuenta más con la realidad. Teniendo mayor fuerza por lo que de verdad representa, tiene derecho también á más consideraciones; pero fuera de eso, está contaminado de los siguientes defectos.

Por de pronto, encarece el mal que hay en el mundo y menosprecia el bien que todavía posee la naturaleza humana, cuando no lo niega del todo. Además, se engaña pretendiendo que el mal pertenece á la esencia de la naturaleza y no puede ser separado de ella.

Esta última proposición constituye el pesimismo. Hay muchos que ven las cosas con colores no menos sombríos, sin que por eso puedan ser llamados pesimistas; si opinan que puede ser mejorado el mundo, si admiten por lo menos que se puede tener de él un concepto mejor de lo que es, en una palabra, si no consideran la naturaleza como mala en su esencia, no son pesimistas propiamente dichos. No es verdadero pesimista sino el que se hunde en el error de que fué siempre como actualmente, que siempre será así, que nunca pudo ser y que jamás podrá ser de otro

modo, porque no es posible hacer que desaparezca el mal de la naturaleza humana.

2. La naturaleza humana no está completamente corrompida.—Pero es una gran equivocación, no puede haber duda alguna de que la naturaleza está corrompida; estamos suficientemente convencidos por lo que hemos expuesto ya: pero, aunque admitimos este hecho, no estamos autorizados para pretender que la corrupción forme parte de la esencia de la naturaleza, ó, en otros términos, que el mal sea alguna cosa natural.

Todo lo que se refiere de hecho al estado de la naturaleza, tal como es ahora, no debe ser considerado como natural; sólo es natural lo que procede necesariamente de la naturaleza misma; ⁽¹⁾ de ahí se deriva que no se puede llamar natural sino á lo que pertenece á una cosa en virtud de su ser; ⁽²⁾ pero si alguna cosa pertenece á la naturaleza en este sentido, no se puede representar á la naturaleza sin este accesorio, y es imposible que algo natural sea ó suceda de otro modo más que como sucede ó como es. ⁽³⁾

Nadie negará que hay todavía mucho bien en el mundo; si, pues, no se quiere considerar el bien como una casualidad, como una débil desviación de la ley natural, ó como una cosa contra naturaleza, es necesario admitir que este bien corresponde á nuestra naturaleza y que es producido por ella. Pero si es así, el mal no puede provenir de nuestra naturaleza, sino que debe ser considerado como una contradicción y un defecto de la naturaleza.

Y así es. Lejos de ser mala en su esencia la naturaleza, si bien está corrompida por el mal, solamente el bien la satisface. El profundo malestar interior que sentimos en cuanto cometemos un pecado lo prueba: lo prueba también la lucha á que el bien y el mal se libran en nosotros; lo prueba la satisfacción que nos causa un acto de violencia hecho á nosotros mismos, una victoria obtenida contra

(1) Petr. de Tarantasia, 2, d. 23, q. 1, a. 1 ad 1. 2.

(2) Sto. Tomás, 1, 2, q. 10, a. 1.

(3) Aristót., *Animal. general.*, 4, 4 (Par., III, 402, 46).

nuestras pasiones, una buena obra; lo prueba, en una palabra, ese misterioso poder interior de que no podemos deshacernos por mucho tiempo, aunque se le sofoque un instante, es decir, la conciencia.

Así se explica esa contradicción que experimentamos en nosotros, ese estado enigmático en que vivimos. Cualquiera que sea el atractivo que el mal tenga para nosotros, y cualquiera que sea nuestro apresuramiento en responderle, lo que constituye el fondo, y, por decirlo así, la médula de nuestra naturaleza, no quiere oír hablar de él. En cada uno de nuestros esfuerzos, y en cada una de nuestras luchas por el bien, nos parece que un pulpo, colocado á la entrada de nuestro corazón, amenaza tragar con su garganta voraz, todo lo que es malo y feo. No sólo procura precipitarse sobre su presa en el exterior, sino que suscita la pasión dentro de nosotros con los mil brazos de que interiormente nos ciñe. Ante todo, coge el corazón, y vierte en él gota á gota el veneno que ha chupado fuera, y este pobre corazón tiembla de emoción y palpitan todas sus fibras; del corazón, hunde sus brazos en los más profundos repliegues de nuestra naturaleza y remueve todo lo que asegura al atractivo exterior una acogida solícita en el interior; aun se atreve á atacar la fortaleza del espíritu para turbar nuestra inteligencia y nuestro juicio con los vapores de la imaginación sobreexcitada. Pero por muy vivamente que sintamos esa tendencia hacia el mal, no podemos negar que en el fondo de nosotros mismos hay un poder que nada tiene de común con ella. Por seductor que sea al atractivo del pecado, jamás se aclimatará en nosotros; se le siente más y habla más alto que la inclinación hacia el bien; pero es sólo porque está extendido sobre nuestro corazón como una tela de araña ó como una red artificial; su residencia no es en el corazón; habita en la parte sensible de nuestra naturaleza y desde allí obra sobre el espíritu: así se explica la fuerza de su influencia y la dificultad del espíritu para hacerse oír hasta esa profundidad á través de la espesa vegetación

que encierra á nuestra alma, y para alcanzar la victoria. Sin embargo, esa tendencia hacia el mal no puede ahogar enteramente la parte mejor de nuestra naturaleza, aún cuando se opone á la actividad de nuestra inclinación hacia el bien.

Resulta, pues, que la naturaleza humana no está enteramente corrompida. Como tal, es siempre buena. ⁽¹⁾ Sin duda el mal que se le ha adherido y que la ha penetrado desempeña una acción preponderante, pero su fondo es bueno; las inclinaciones nobles son parte de su esencia; ⁽²⁾ las malas no le pertenecen, más bien son contrarias á su esencia y proceden del exterior; están además en contradicción con ella, por consiguiente, contra naturaleza. ⁽³⁾

El mal es una enfermedad de la naturaleza, pero no la naturaleza misma; ⁽⁴⁾ por consiguiente, no es justo decir que el mal no puede ser separado de la naturaleza, más bien debe ser separado de ella por la inteligencia. Se puede muy bien imaginar un estado de la naturaleza en el cual estaría exenta de mal; y el que concibe la idea de la naturaleza en su pureza debe representársela sin esa agregación mala de que la encontramos acompañada.

3. El mal no es más que una corrupción de la naturaleza; el bien le es anterior.—Siendo así, la naturaleza humana no pudo nacer viciada por el mal que lleva ahora consigo; esta suposición del maniqueísmo, la única secta digna de atención entre todas las escuelas del pesimismo, no es aceptable. El mal no existe desde el principio, porque no es de la naturaleza, ⁽⁵⁾ ni de la esencia de las cosas en que se encuentra. ⁽⁶⁾ Está formado por la co-

(1) Agustín, *Lib. arbitr.*, 3, 13, 36; *Civ. Dei*, 19, 13, 2; *Contra epist. Manich.*, 33, 36; *De natura boni*, 1, 17; *Op. imperf.*, 1, 114.

(2) Agustín, *Contra duas ep. Pelag.*, 3, 9, 25.

(3) Agustín, *Contra ep. Manich.*, 35, 39.

(4) Agustín, *Sermo*, 151, 3; *Contra Julian.*, 3, 15, 29; 5, 7, 26.

(5) Agustín, *Contra epist. Manich.*, 35, 39; 36, 41; *Gen. ad lit.*, 8, 14, 31; Tomás, 1, q. 48, a. 1.

(6) Agustín, *Conf.*, 7, 12, 18; *De mor. Manich.*, 2, 8, 11. Tomás, 1, q. 49, a. 3, c.

rupción de la naturaleza ⁽¹⁾ y por esta razón no es de la naturaleza, ⁽²⁾ sino posterior á ella. ⁽³⁾ Pero solamente el bien puede ser corrompido; ⁽⁴⁾ luego el mal es una corrupción del bien, ⁽⁵⁾ un defecto del bien, ⁽⁶⁾ una pérdida del bien. ⁽⁷⁾ Por tanto el bien ha debido existir antes, sin lo que el mal no sería posible. ⁽⁸⁾

Por consiguiente, si hay actualmente algo malo en la naturaleza humana, esto se explica solamente por el hecho de que el bien fué el primero en existir, y que el mal vino después. Si el hombre es ahora como no debería ser, lo cual es innegable, claro es que vive en contradicción con el estado en que debería encontrarse por naturaleza. Si no puede negar su corrupción subsiguiente, tampoco es dudoso que primitivamente se encontraba en un estado mejor.

4. La doctrina de un estado primitivo perfecto es conforme á la razón.—La doctrina de la Revelación, según la que el hombre fué creado bueno en un principio, responde, pues, perfectamente á las exigencias de la lógica. Sin duda esta aserción de que el primer hombre fué puesto por Dios en ese estado de santidad sobrenatural de que nos habla la fe, excede al alcance de la razón natural; pero que la actual condición moral del hombre no puede explicarse más que como la decadencia de un estado anterior relativamente mejor, es una conclusión á que no puede sustraerse ninguna inteligencia imparcial.

5. Acuerdo de las antiguas leyendas en este punto. Circunspección en su empleo.—Por otra parte, en este punto, no estamos reducidos á las solas doctrinas de la fe ó al solo razonamiento; sino que estamos en presen-

(1) *Nat. boni*, 4; *Contra epist. Manich.*, 35, 39, 40.

(2) Agustín, *Sermo*, 182, 5.

(3) Aristót., *Metaph.*, 8, 9, 3. Tomás, 1, 2, 9, 25, a. 2.

(4) Agustín, *De mor. Manich.*, 2, 5, 7; 6, 8. Tomás, 1, q. 48, a. 3, 4.

(5) Platón, *Rep.*, 10, p. 608, e. Agustín, *Conf.*, 3, 7, 12; *Civ. Dei.*, 11, 9, 22. Tomás, 1, q. 14, a. 10; q. 48, a. 1; 1, 2, q. 36, a. 1; q. 75, a. 1.

(6) Agustín, *Contra Jul. Pelag.*, 1, 8, 37; q. 45.

(7) Agustín, *Gen. ad lit.*, 8, 14, 31.

(8) Agustín, *Contra epist. Manich.*, 35, 40.

cia de una cuestión en la que concuerdan más ó menos claramente las tradiciones sagradas de todos los hombres.

Tal unanimidad es siempre, si no una prueba irrefutable, ⁽¹⁾ por lo menos una fuerte presunción ⁽²⁾ á favor de la verdad de afirmaciones sostenidas por épocas y pueblos diferentes. Querer dar por falsas miras cuya extensión es universal, resulta no solo temerario, sino que conduce casi ciertamente al error; porque una opinión errónea es una debilidad del espíritu, y una debilidad ó un defecto son algo accidental y exterior á la naturaleza. Pero lo que es así no puede encontrarse por todas partes y siempre de la misma manera; ⁽³⁾ en otro caso sería necesario admitir que la naturaleza conduce ella misma necesariamente al error y á un error determinado y en todas partes igual; lo que es inadmisibile; luego no se puede rechazar una verdad en la que los hombres estuvieron acordes en todo tiempo.

Mas para probar el hecho de este acuerdo se necesita una gran prudencia y una gran exactitud. Muchos apolo-gistas han cometido faltas en esto, y no obstante sus rectas intenciones, más bien han dañado que sido útiles á la buena causa. Si se quiere, por ejemplo, defender las doctrinas de la Revelación cristiana, como lo hace Rink en su obra acerca de la religión de los Griegos, de tal suerte que no hay una leyenda griega, por vana que sea, que no constituya la expresión clara de un misterio de nuestra fe; si se echan en un mismo crisol, como lo hace arbitrariamente Sepp, las materias más diversas, leyendas indias y mejicanas, leyendas del Norte, recuerdos de la vida de Cristo, y se funden hasta el punto de hacerlas imposibles de conocer; en una palabra, si se procede como era de moda en las épocas en que se buscaban mitos y leyendas románticos, no hay que asombrarse de que sea tan reducido el número de los adversarios de la fe convencidos por este sistema;

(1) Cicerón, *Nat. Deor.*, 1, 17.

(2) Séneca, *Ep.*, 117, 6.

(3) Tomás, *Contra gent.*, 2, 34, 1.

más bien sería de temer que se indujese á error á los creyentes. Por eso la moderación y la prudencia son indispensables en este terreno. El ver á la ciencia moderna llevar en este punto el escrúpulo hasta la negación intencionada, es para nosotros una saludable advertencia de que es necesario examinar los hechos diez veces en vez de una; no un estorbo, como la fantástica mezcla religiosa de que fueron testigos los días de Paulus y de Strauss.

Nos guardaremos, pues, de justificar científicamente nuestra fe según la ciencia de las religiones comparadas, que, respondiendo en esto á su juventud, trata á menudo de una manera arbitraria los recuerdos antiguos; éstos piden un examen tan minucioso como las arenas de oro que se extraen de los ríos, y una interpretación no menos cuidadosa que un pasaje de la Escritura ó de los clásicos; pero compensan bien el trabajo, pues las pruebas ganan en solidez lo que pierden en cantidad.

6. Las leyendas concernientes al Paraíso.—La antigua leyenda persa es la que, á lo menos en los términos del texto, se parece más al relato bíblico acerca del Paraíso y de la caída originaria. Según aquella, Ahura-Mazda creó un lugar especial y lleno de encantos de que fueron desterrados la muerte y los rigores del tiempo. ⁽¹⁾ En medio de este jardín se encontraban dos árboles, el árbol de la vida que se llamaba Gaokerena, y el árbol sin dolor Viçpataokhma. ⁽²⁾ El primero producía el Haoma blanco ó el Goldhom, manjares que daban la inmortalidad, y que recuerdan las comidas en los sacrificios terrestres, el Hom amarillo de los Persas, el Soma de los indios. ⁽³⁾ Por eso Angro-Mainyus, el mal enpíritu, dirigió todo su odio contra él por medio del lagarto, pues en tanto que los hombres poseyesen el germen puro de la vida, el destructor de la muerte, estarían garantidos contra todas las malas

(1) Fischer, *Heidenthum und Offenbarung*, 134 y sig.

(2) Windischmann, *Zoroastrische Studien*, 165-177; 351 y sig. Spiegel *Eranische Alterthumskunde*, I, 464 y sig.

(3) Muir, *Original sanscrit texts*, V, 258-271. Schwenk, *Mythologie*, V, 242 y sig.

influencias. ⁽¹⁾ Desgraciadamente tuvieron buen éxito estas maquinaciones; Yima, el primer hombre que vivía en aquel jardín, no estaba sujeto á la enfermedad y á la muerte; ⁽²⁾ Ahura-Mazda le instruía para hacerle el maestro de la ley, pero prefirió las glorias terrestres, y procuró crearse un nombre en la tierra en vez de consagrarse dócilmente á las cosas divinas. ⁽³⁾

Por sorprendente que sea el modo de concordar de estas tradiciones con la narración de la Biblia, no estamos, sin embargo, dispuestos á concederles demasiada importancia. Á decir verdad, confesaremos que precisamente ese chocante parecido hace suponer que la leyenda pudiera muy bien haber sido tomada de la Biblia.

Nunca será excesiva la prudencia en este punto. Cuando se ha considerado recientemente cada institución del Cristianismo y cada punto de la doctrina cristiana, que recuerden sólo vagamente los usos paganos, como tomados del paganismo, no habría por qué asombrarse si pronto viésemos triunfar la tendencia opuesta, que pretende separar de las tradiciones primitivas de la humanidad, como una interpolación procedente de los recuerdos bíblicos y de los misioneros, todo lo que en materia de leyendas y de religión de los pueblos concuerda con el Cristianismo.

Spiegel se inclina á creer que los judíos desterrados en Persia tuvieron una influencia considerable en la formación del Persismo, y verdaderamente no sabemos cómo podría ser de otro modo. Ultimamente Ph. Berger y Jaime Darmesteter han pretendido que el Avesta denotaba tal influencia griega, que no podría haber sido escrito sino el año de 170 antes de Jesucristo, como son ahora considerados como una obra sabia que data de Alejandro Magno los Vedas indios; ⁽⁴⁾ y Max Müller, que sólo tiene razones filológicas que oponer, se ve obligado á admitir que las ra-

(1) Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, I, 432 y sig.; II, 4114.

(2) Vendidad, 2, 16.

(3) Fischer, *loc. cit.*, 135 y sig. Lassen, *Ind. Alterthumsk.*, (2) I, 620.

(4) *Revue des Deux-Monde*, 15 sept. 1893.